



EL ESPÍRITU SANTO, FUENTE DE LA VIRTUD **CRISTIANA**

TEMA 1 / SESIÓN PRIMERA

TEMA 1 / SESIÓN PRIMERA

IDEAS

- Las virtudes no son un camino de autorrealización, sino la obra de Dios en nosotros para hacernos semejantes a Jesucristo.
- Dios nos santifica a través del Espíritu Santo con una santidad plena y que implica al hombre entero: “Espíritu, alma y cuerpo”.
- El Espíritu Santo transforma nuestra mente y nuestra voluntad, para amar la voluntad de Dios para nosotros

DESARROLLO

A lo largo de este curso, pretendemos abordar las virtudes cristianas. Trataremos de explicar tanto el verdadero significado de cada una de ellas, qué es lo que son, como los medios que disponemos para adquirirlas, vivirlas e incrementarlas. Cuando pensamos en las virtudes cristianas, es fácil pensar en actos heroicos que el cristiano debe realizar. Podemos creer que el cristiano debe conquistar este imperativo moral por sí solo, con su fuerza de voluntad, como si las virtudes fueran una cuestión de puños. Aunque la posesión de las virtudes requiere nuestra colaboración, ciertamente, no es ni lo primero, ni lo más importante. La virtud cristiana, aunque nos pueda extrañar, no es nunca la conquista del cristiano. Eso sería un mero moralismo normativo o un voluntarismo estéril, que terminaría cansándonos y desesperándonos. Como sucede en toda acción del cristiano, de modo especial en los actos virtuosos, lo primero y más importante es siempre la acción de Dios. Por eso, en este primer tema sobre las virtudes, vamos a detenernos en la acción de Dios en cada uno de nosotros, que por medio de su Espíritu nos configura con Cristo, modelo de todas las virtudes.

Ciertamente, encontramos la perfección de la vida virtuosa en Nuestro Señor Jesucristo, hombre perfecto. Contemplando la vida de Cristo aprehendemos la vida virtuosa a la que estamos llamados. Sin embargo, Dios no ha querido ofrecernos simplemente el ejemplo de Cristo, sino que también nos ha dado su Espíritu, el Espíritu Santo, para que obre en nosotros la virtud de Cristo. El crecimiento en la virtud, que desea nuestro corazón y que pretendemos abordar a lo largo de este curso, es, en definitiva, el crecimiento en santidad. Esta santidad no es obra del hombre, sino que es don de Dios, que por medio del Espíritu Santo, nos santifica, identificándonos con Cristo. Precisamente por esto, el primer tema, antes de entrar en las virtudes, aborda la vida en el Espíritu, como fuente de la vida virtuosa.

Uno de los grandes maestros de la vida en el Espíritu es San Pablo. En su vida y en sus cartas encontramos cómo actúa el Espíritu Santo en el cristiano. Precisamente en la primera carta que escribió, la primera carta a los Tesalonicenses, el Apóstol dedica los capítulos 4 y 5 a animar a la santidad. Ahora bien, como Dios mismo es el que llama a los cristianos a la santidad, “esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación” (1 Tes 4,3), Dios mismo es

el que da a los cristianos esa santidad: “El que os llama es fiel, y él lo realizará” (1 Tes 5,24). Es decir, es Dios mismo el que nos da la posibilidad de vivir las virtudes para que seamos santos. Además, el modo mediante el cual el Dios fiel nos santifica es otorgándonos el Espíritu Santo. De hecho, el versículo inmediatamente anterior dice: “Que el mismo Dios de la paz os santifique totalmente, y que todo vuestro espíritu, alma y cuerpo, se mantenga sin reproche hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo.” (1 Tes 5,23).

Lo primero que llama la atención es que hay grados en la santidad, porque Dios desea santificarnos “totalmente”. Esto es, Dios quiere para nosotros una santidad grande, completa. Y en segundo lugar, es llamativo que Pablo habla de nuestro ser entero como “espíritu, alma y cuerpo”. Sí, nuestro ser entero, completado por Dios, ya no es sólo nuestro ser natural compuesto de alma y cuerpo, sino que Dios le añade por gracia el Espíritu. Este Espíritu, guiando la totalidad de nuestro ser, nos capacita para vivir una vida santa, practicando las virtudes. Además, San Pablo ordena muy bien los distintos elementos que componen nuestro ser entero, porque habla de “espíritu, alma y cuerpo”. Da la impresión de que el Apóstol implícitamente nos dijera que el Espíritu está llamado a gobernar el alma, es decir, nuestro entendimiento, voluntad, afectividad, para que el alma gobierne al cuerpo. Sólo cuando el Espíritu dirige nuestra alma y ésta dirige nuestro cuerpo, sólo entonces, podemos vivir las virtudes.

San Pablo habla en otros pasajes de este don divino, el Espíritu, que completa nuestra naturaleza, nos capacita para la virtud y nos perfecciona. De hecho, 1 Cor 2,6-16 habla de los “perfectos” como aquellos que habiendo recibido el Espíritu de Dios, poseen una sabiduría especial, “una sabiduría no de este mundo”. Se trata de una sabiduría que “nos reveló Dios por medio del Espíritu”, que distingue al hombre meramente natural, del hombre “espiritual”, es decir, del hombre, que posee el Espíritu de Dios y vive guiado por Él. El Espíritu permite que el hombre “natural”, es decir, conforme a su mera naturaleza, se convierta en hombre “espiritual”, es decir, abierto al Espíritu de Dios. Este hombre “espiritual” percibe las cosas espirituales y, por tanto, puede vivir las virtudes, que son espirituales. Y entendiendo las cosas espirituales, “el hombre espiritual lo juzga todo, mientras que él no está sujeto al juicio de nadie. (...) Pues bien, nosotros tenemos la mente de Cristo”. El que acoge en su ser el Espíritu, que es el Espíritu de Cristo, posee la mente de Cristo, posee la sabiduría de Dios. Entonces sí que lo puede juzgar todo, porque el Espíritu se convierte en el principio interior de su conocimiento.

Ahora bien, el Espíritu no sólo nos ayuda a entender, sino que también nos ayuda a actuar, en definitiva a vivir. San Pablo, en otro texto, nos vuelve a hablar de este don del Espíritu, que completa al hombre, transformándolo, de natural en espiritual. Se trata de 1 Cor 15,42-49, en el que Pablo pone en paralelo a Adán, el primer hombre, que era meramente “hombre natural”, con Cristo, el último y definitivo Adán, que ya es “hombre espiritual”. Jesucristo recibió plenamente el Espíritu y dejó que ese Espíritu gobernara en todo momento su alma

y su cuerpo, hasta el punto de decir: “no se haga mi voluntad, sino la Tuya”. Jesús, precisamente por esta docilidad total al Espíritu, es modelo de todas las virtudes. Pero el texto de la carta a los Corintios, afirma también que “el último Adán es Espíritu que da vida”. Es decir, Jesucristo, que ha acogido plenamente al Espíritu, nos lo da a nosotros para que también nosotros podamos ser “hombres espirituales” y para que el Espíritu haga en nosotros la misma obra bella que hizo en él, para que también nosotros podamos vivir las virtudes de Cristo. Llama la atención que San Pablo afirme del Espíritu que es el “Espíritu que da vida”. Este Espíritu, por tanto, no simplemente ayuda a entender, sino que “vivifica”, nos da las fuerzas necesarias para vivir auténticamente, para vivir una vida santa, una vida virtuosa.

Ahora bien, esta nueva humanidad fruto del Espíritu, que nos capacita para discernir y para actuar transformando realmente nuestra persona, depende de nuestra relación con el Espíritu. Nuestro crecimiento en la vida cristiana, nuestro incremento en la vida virtuosa que pretendemos a lo largo de este curso, depende del tipo de relación que tengamos con el Espíritu. Depende, en definitiva de si el Espíritu gobierna nuestra alma y cuerpo, o de si nosotros queremos gobernar al Espíritu. Además, esa relación con el Espíritu es gradual, es decir, puede aumentar progresivamente o puede, incluso disminuir o apagarse. San Pablo, en la carta a los Gálatas habla a cristianos ya convertidos y evangelizados, a “espirituales”, es decir, cristianos que ya han recibido el Espíritu. Y a ellos les dice: “vigílate a ti mismo, no sea que también tú seas tentado” (*Gal 6,1*). Utiliza la segunda persona del singular para ser más incisivo y así poder advertir de que los que hemos recibido el Espíritu podemos permitir que cada vez reine más en nuestra vida, o, por el contrario, podemos impedir que actúe en nuestra vida. De esta respuesta libre al Espíritu Santo depende nuestro crecimiento en la virtud, depende, en definitiva, nuestra santidad.